

dicciones, conseguí formar una lista de más de sesenta localidades en la región de Gebel y de Batroun, donde me habían asegurado la existencia de inscripciones. Hasta la fecha, ninguna de estas noticias ha sido completamente falsa, y admiro la exactitud con que estos hombres sencillos descubren al primer golpe de vista las huellas de la escritura sobre piedras que hubieran pasado desapercibidas al ojo más práctico e inteligente.

Estas inscripciones así recojidas me han ofrecido ya magníficos resultados, y espero otros más considerables para el momento en que haya concluido mi misión.

Tal vez la epigrafía, que ha renovado, digámoslo así la historia política de los antiguos pueblos, renovará y explicará también la historia religiosa. Las noticias que nos ofrece Filon de Byblos sobre la Fenicia de su tiempo, se encuentran comprobadas con la mayor exactitud.

Las esculturas que escaparon á las destrucciones son sumamente raras; sin embargo, la aldea de Gharfio, cerca de Amschit, me ha ofrecido una representación muy interesante para la historia de los cultos sirios. Nótese en ella la misma mezcla de formas egipcias que en Eddé, sobre la piedra del baptisterio que Gebel y sobre los despojos descubiertos en Oum-el-Awamid por M. de Vogüe.

En resumen, la Fenicia y el Líbano, bajo el punto de vista de la conservación de las antigüedades, se han encontrado en malísimas condiciones.

La indolente barbarie del Árabe nómada y la destructora barbarie del conquistador germánico han sido mil veces menos funestas á los monumentos que el espíritu de mezquina codicia que no ha cesado nunca de reinar en estas comarcas. Las ruinas se conservan mejor en los países en que no se ocupan de ellas;—por desgracia, en Siria ha llamado siempre la atención de los habitantes, inspirándoles mil ideas pueriles y mil quiméricas supersticiones. Después de la antigüedad solamente los cruzados levantaron aquí grandes edificios; pero una especie de instinto fatal arrastra al Sirio á reducir á pequeñas piedras los grandes sillares que encuentra en su país. Casi todas las destrucciones tienen un carácter voluntario é intencional; sin embargo, tal fué la actividad de las antiguas civilizaciones de Siria y del Líbano, que su huella se halla visible todavía por donde quiera que uno vuelve los ojos. Pocas comarcas hay en el mundo que ofrezcan en un radio de cuatro leguas tres puntos arqueológicos de la importancia de Gebel Semar-Gebel y Maschnaka ni tan considerable número de inscripciones de interés histórico.

Por último, la antigua Fenicia, aunque muy borrada por la destructora mano de la barbarie, de la ignorancia y de la especulación, se revela todavía por multitud de indicios, que á no dudarlo, conducirán á seguras deducciones. Hay que tener en cuenta que Tortosa y Tyro, según la opinión de los que los han visitado, son los puntos que ofrecen mayor número de restos aparentes. También hay que recordar que en las exploraciones científicas de los resultados negativos tienen su valor, puesto que representan ensayos metódicos y necesarios al conocimiento de la verdad. Espero, pues, que la exploración de Fenicia nos proporcionará algunos datos nuevos que unidos á los esfuerzos que de pocos años á esta parte ha hecho la ciencia, nos ayuden á reconstruir y á conocer poco el mundo antiguo.

#### Nueva instalación del gabinete de medallas en la biblioteca imperial.

Menos conocido, menos visitado que las otras colecciones que hacen honor á París, el gabinete de las medallas contiene una serie infinitamente rica y curiosa de monumentos de todas las edades. Estas obras maestras artísticas, estas maravillas de la arqueología son tan numerosas y aun la mayor parte tan selectas, que no se puede citar en Europa ninguna otra galería del mismo género que pueda rivalizar con la de la calle de Richelieu.

Su origen remonta á Francisco I<sup>o</sup>, el jefe de esa rama de los Valois que manifestó por las letras, las ciencias y las artes,—por las obras elegantes y serias del espíritu,—un gusto tan vivo y tan ilustrado. Enrique II aumentó la colección comenzada por su padre; y Enrique IV, el primer rey Borbon, inteligente y aficionado de experiencia, hizo entrar algunas piezas que la admiración de los hombres de gusto coloca aun en el rango de las más preciosas. Entre las adquisiciones de aquella época, debe mencionarse sobre todo el magnífico camafeo de Caldoré: el retrato de Isabel

de Inglaterra. En su excelente catálogo, M. Chabouillé describe también ocho camafeos señalados por la tradición como habiendo adornado,—sin duda en los días de fiesta y de galantería,—el justillo del vencedor de Arques y de Ivry.

Luis XIV, á su vez, manifestó simpatías positivas por la colección. Por su orden, hicieron compras considerables, y el gabinete se aumentó: en 1,660, con la galería de Gaston de Orleans; en 1,669, con 4,367 monedas antiguas del gabinete de Seguin; en 1,670, con las piedras grabadas de Lauthier; en 1,680, con la talla célebre llamada sello de Miguel-Angel; finalmente, con 200 monedas sacadas de la colección de Harlay, destinadas á formar una serie de los reyes de Francia. Al mismo tiempo, Luis XIV daba á algunos sabios, á Seguin, á Vailiant, á Pablo Lucas, etc., la misión de explorar la Italia y las islas de la Grecia, para recoger objetos de numismática, y los embajadores recibían instrucciones análogas; por último, algunos príncipes, señores y aun simples particulares lisonjaban al gran rey ofreciéndole las medallas más notables de sus colecciones. De este modo es como el gabinete de Versalles fué poseedor, entre otros objetos de mayor interés, de los camafeos de la *Apoteosis de Germánico*, de la *Lucha de Neptuno y de Minerva*, y de la amatista firmada por Pámfilo, que representaba á *Aquiles Cytharède*, una de las más bellas piedras grabadas que se conocen.

La colección no debería á Luis XIV ninguna conquista de importancia sin el legado que M<sup>me</sup>. de Pompadour hizo á su régio amante de las magníficas piedras grabadas que había reunido. No obstante, si este rey pareció indiferente á los progresos del gabinete de las medallas, hizo mucho por la colección al mandar que se trasladara á París, al palacio Mazarino, en donde le hizo dar un local en relación con su inestimable valor. Es la sala que ocupa hoy, una de las más bellas, de las más espléndidas que nos ha dejado el siglo diez y ocho. Se halla decorada con doce pinturas ejecutadas por Boucher, Natoire y C. Vanloo, primorosas muestras de un arte que, es cierto, marca en nuestra escuela, una época de decadencia, pero cuyo gusto corresponde maravillosamente al de un siglo que lleva polvo en el pelo, lunares en la mejilla, lentejuelas en el vestido, vermellón en los talones, y cuya gracia, fantasía, capricho y desembarazo ejercen todavía una seducción irresistible.

M. Dauban, conservador adjunto del gabinete de las estampas, ha publicado acerca del departamento de las medallas una noticia llena de interés. Los límites forzosamente restringidos de este artículo, no me permiten seguir en todos sus detalles el trabajo de M. Dauban; extracto solamente el pasaje que sigue:

“Esta colección (las medallas y las monedas) posee unas 200,000 piezas. Estas se hallan contenidas en armarios divididos en compartimientos. Cada compartimiento contiene 41 cajones, y cada cajón una tablilla floridela sada con fondo de terciopelo verde, horadada con 88 agujeros. Las monedas antiguas se hallan colocadas en el orden geográfico, según el sistema de Eckel, partiendo de las columnas de Hércules, del O. al E., y siguiendo el litoral del mar Mediterráneo. Del litoral se asciende á los países correspondientes, después de las monedas de España, por ejemplo, se colocan las de las islas Baleares;—después de las de la Galia, las de Inglaterra. La clasificación monetaria corresponde á las circunscripciones territoriales. Las regiones se subdividen en provincias; en las provincias, las ciudades, con sus monedas, se hallan dispuestas por orden alfabético. Añadamos que en la serie monetaria de cada ciudad se separan los metales: primero las monedas de oro, después la plata y el bronce.”

Encima de los armarios que contienen las monedas y las medallas, se hallan bustos y vasos antiguos; finalmente, en los aparadores, objetos de toda especie, de toda época, de toda procedencia, camafeos, cilindros, conos-

tallas, piedra gnósticas, estatuillas, alhajas, la *apoteosis de Augusto*, el camafeo mayor que existe, vendido por Beduino II; el vaso de ágata conocido con el nombre de *copa de los Ptolomeos*; el cáliz de San Remigio, maravillosa obra bizantina; el famoso disco de plata encontrado en el Ródano, por unos pescadores, en 1656; un *entorchado* ó collar de oro mazizo, descubierto en Saint-Leud'Esserens, en 1843; la vaca de bronce de Herculano, el tesoro de San Dionisio, el de la Santa Capilla, etc. etc., por todo cerca de cuatro mil piezas igualmente notables, ora por la antigüedad ó su origen, ó bien por la belleza de la materia ó la perfección del trabajo, cuando no ofrecen todos estos caracteres reunidos.

M. Chabouillé, hombre de vasta y profunda erudición, de infatigable abnegación y de inteligente actividad, es el conservador actual del gabinete de las medallas.

(De la Parte Ilustrada)

## HECOHS.

NAVEGACION.—El Correo de los Estados-Unidos publica el extracto siguiente de la comunicación del capitán Bolibo, que mandaba el *Maputeo*, llegado á la isla Mauricio procedente del Callao (Lima):

“Salí—dice—del puerto del Callao con destino á la isla Mauricio en la noche del 15 de Octubre de 1860:—el tiempo era hermoso y sopaba una brisa floja del S.-S.-E. al S.-E., que me acompañó refrescando cada vez más hasta los 32° de lat. S. y los 97° de long. O., donde los vientos empezaron á cambiarse al E. y después al N.-E.

“Hacia los 45° de lat. S. empezaron á dejarse sentir los tiempos duros del S.-O. y del S.-S.-O., acompañados de lluvia, granizo y nieve.

“El 11 de Noviembre doblé el cabo de Hornos con grandes vientos del O. al O.-S.-O., por lo cual no dejé más vela que la del gran mastelero de juanete é hice poner las defensas exteriores en la proa por la parte de babor:—dirijia mi rumbo siguiendo las instrucciones que da el teniente Maury en la página 423 de su obra

“El día 15, á las dos de la mañana, y hacia los 55° 45' de lat. S. y los 52° 30' long. O., divisamos un témpano de hielo que tendria unos 10 metros de altura por 30 de largo. Diez minutos después pasaron otros dos ó tres pedazos de hielo rozando casi los costados del buque. A los cuatro, vimos todavía otro nuevo témpano. A las siete, el vijia señaló tres islas de hielo:—una hora más tarde pasé por entre ellas dejando una estribor y dos á babor:—eran de forma redonda y terminaban en pirámides que á lo lejos parecían campanarios. Según mi cálculo, medrian 130 metros de altura por una milla de diámetro. Las olas del mar embravecido se estrellaban con furia en aquellos escollos flotantes. El buque navegaba haciendo unos ocho nudos por hora:—el tiempo estaba brumoso, y el termómetro marcaba al aire libre 3° 5 bajo cero.

“A las cuatro de la mañana del día 17 subió el termómetro á 2 grados, y sumerjida en el agua del mar durante cuatro minutos, no marcó sino 0.—Desde los ocho de la mañana hasta las ocho de la noche dejé atrás seis enormes islas de hielo, y una gran cantidad de témpanos desprendidos de aquellas masas, obstáculo que, para rebuirlas, exigian una vigilancia. La mar se estrellaba en ellos con gran violencia y enormes ruidos, y los blancos protales rodeaban la embareación que se deslizaba con una rapidez de 8 á 9 nudos. Gruesos haces de fucus pasaban á lo largo del buque:—el mar había cambiado de color.

“Nuevos témpanos de forma rectangular aparecieron el día 20 desde las doce á las seis de la tarde:—la superficie del mar se veía en todas direcciones sembrada de masas de hielo más ó menos grandes. El tiempo estaba mucho peor que en los días precedentes y la mar alborotadísima. Rafagas de lluvia, de nieve y de granizo barrían incesantemente la cubierta. Como medida precautoria dispuse poner cabos en las amuras de babor y tomar rizos en las gavias. A las doce nos hallábamos á los 33° 9, lat. y á los 26° 52, long. O.

“A las cuatro de la mañana del día 21 hice rumbo y mandé virar hacia el N., y al abandonar aquellos tristes parajes percibí todavía multitud de carámbanos.

“El 23, á las seis de la mañana, una espesísima niebla envolvía el buque:—el viento sopaba con furia del N. O., y la mar estaba fatal. De pronto distinguí en frente de nosotros, y á dos cables de la proa un enorme témpano que dichosamente pude evitar. A las diez arreció el viento, la mar se puso horripila.